

# La epopeya de la clausura

## El alma romántica y su dueño

Christopher Domínguez Michael

Suelen ser dos las maneras mediante las cuales un crítico se manifiesta como escritor. Una, en la tradición que parte de un Longino hasta Edmund Wilson, es aquella que considera a la crítica como una de las bellas artes. Siendo así, la elección es acompañar a la obra de arte con todas las reglas y los riesgos de la grandeza poética. Otra, nace con Aristófanes y se desplaza llegando hasta críticos como Cyril Connolly. Estos críticos se complacen en vivir como alimañas gozosas en la selva literaria, inmunes a las acusaciones de frustración o infertilidad. Se complacen en ser los eternos enemigos de la promesa.

Ambas actitudes son legibles y llevan relaciones no pocas veces cómplices y secretas. Albert Béguin (La Chaux-de-fonds, 1901-Roma, 1957), perteneció, en la modestia del sabio, a la primera alternativa. Suizo, como algunos de sus cofrades de la Escuela de Ginebra (Marcel Raymond, Georges Poulet, Jean Rousset, Jean-Pierre Richard o Jean Starobinski, el más joven), Béguin quiso escribir una crítica tan literaria como la poesía o la novela. Por eso, su obra maestra, *El alma romántica y el sueño* (1937) es una misión intelectual que ilumina el arte con sus más decantados instrumentos. Aquella “literatura de la literatura” sobrevive a las paletadas de sus rutinarios sepultureros.

El interés de Béguin por el “alma” de las obras de arte no proviene de un capricho. Tal pasión está en el centro de la tradición en la cual creció: el humanismo católico de la lengua francesa. Su origen está en la batalla ética y política que comenzó en 1830 el abate Felicité R. de Lammenais. A pesar de que la Restauración había devuelto a la Iglesia varios de sus fueros conculcados por la Revolución y el Imperio, la

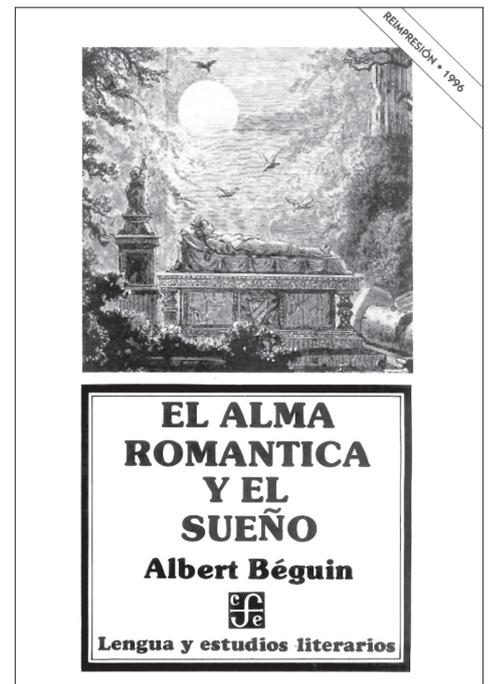
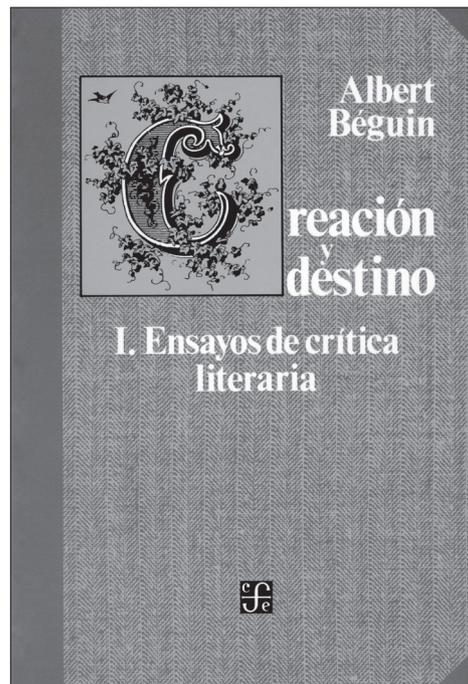


Albert Béguin

herida sufrida por el catolicismo distaba mucho de haberse cerrado. Con el precedente de Chateaubriand, Lammenais y el llamado movimiento neocatólico le arrebataron a la Ilustración la figura y el usufructo del intelectual. Desde la prensa y la literatura, no pocas veces ante el disgusto de la jerarquía, los intelectuales católicos nacieron marcados por la diversidad y la herejía. A fines del siglo XIX, la renovación católica cuenta con una formidable hermandad (donde predominaba, debe decirse, más el espíritu de Abel que el de Caín) propagandistas voraces que marcaban la conciencia de su época desde perspectivas encontradas: Léon Bloy, Maurice Barrès, Barbey d'Aurevilly, J.K. Huysmans o Charles Péguy. De este último —y más tarde de Jacques Rivière y Charles Du Bos— obtendría Béguin la gracia eficaz para penetrar en el misterio de las letras.

En *Creación y destino* (1973) se reúne póstumamente la obra varia y menuda de Albert Béguin. Antes de introducirnos a sus novelistas y a sus poetas, él mismo nos cuenta cómo encontró su destino en la creación. Un libro del soñador Jean-Paul Richter, hallado en sus horas de tedio como empleado en una librería, lo lleva a las universidades alemanas y al descubrimiento de un romanticismo germánico que estaba esperando una figura como la suya para entregar toda su luz en plenitud.

*Creación y destino*, en su primer tomo dedicado a los *Ensayos de crítica literaria*, muestra todo aquello que se configuró en *El alma romántica y el sueño*: nos encontramos con Jean-Paul, con E.T.A Hoffmann, con Schiller, con Novalis. El germanismo fervoroso patente en estos escritos tuvo que pasar la encrucijada de 1940: el suizo Béguin, como su sucesor Marcel Brion opta-



ron, al mismo tiempo, por la defensa de Francia y por la defensa de una cultura alemana arrasada por la vorágine nazi. No rehuieron la indagación en las profundidades de aquella cultura para detectar los orígenes de aquella barbarie.

Hablar de una literatura no es conceder patente de corso a la efusión lírica. El de Béguin es un sistema de ideas donde la experiencia poética vive en contradicción y semejanza con la experiencia mística. Una y otra se inclinan sobre el ambiguo problema del ser y ambas trascienden el mundo de la subjetividad. No por ello Béguin renuncia a su creencia en el acto poético como el más profundo de los avatares del conocimiento.

En el segundo tomo de *Creación y destino*, *La realidad del sueño*, Béguin parte de Balzac, rinde homenaje a su maestro Péguy, analiza con frialdad ese optimismo sin esperanza que en su opinión padeció Paul Valéry y contrapone a la grandeza poética de Paul Claudel, su miseria humana.

El mundo de la novela no le es ajeno a Béguin, como lo prueban sus ensayos so-

bre C.F. Ramuz, Georges Bernanos, Julien Green o Henri Bosco. No podía serle ajeno, pues Béguin es un crítico antropocéntrico. Su catolicismo no contempla la divinidad sino al hombre cristiano perdido en la literatura. En su *Gérard de Nerval* (1945), Béguin se pregunta cómo fue la vida de un poeta para quien el árbol de la vida no fue el mismo que el del conocimiento. Béguin le perdona a Nerval el suicidio. No soportaría verlo enterrado sin cruz entre tres caminos.

La actitud de Béguin ante la crítica es quizá lo más interesante en *Creación y destino*. Reprueba a Sainte-Beuve, el crítico alimaña por excelencia, tan lejano de la misión solidaria que Béguin entendía como indispensable para los lectores. Tan distinto a Bachelard, Béguin acepta con entusiasmo su espiritualidad infantil y es generoso al hablar de sus amigos Du Bos, Raymond, Poulet y Rousset. Recibe con cariño al joven Roland Barthes sin ignorar que ese talento terminará por escribir una crítica por completo adversa a la suya.

Aun cuando Béguin llegue a cansar por su obsesión salvífica, ante esa insistencia en

hallar en cada obra una posibilidad única de redención para Occidente, uno tiende a aprobar su noción de compromiso. Béguin recuerda que Sainte-Beuve miraba por la ventana los motines de 1851 y volvía a su escritorio para preparar su nota del día lunes. Béguin, a su vez, no se comprometió con la Acción Francesa ni con el Partido Comunista, sino apuntó hacia la necesidad de la crítica independiente de todo totalitarismo. No pateó las puertas de las iglesias ni escupió el rostro de sus enemigos pero subrayó: “no veo por qué el crítico literario debería permanecer apartado de todo compromiso, es decir, por qué se desprendería de la suerte común y no ligaría su actividad profesional, su oficio, su función, a esa presencia en el drama común, en la interrogación que para cada uno de nosotros es un deber absoluto”. **U**

De los ensayos y artículos que he recuperado para *La epopeya de la clausura*, me encuentro con éste, dedicado a Albert Béguin y publicado por primera vez en 1987. (CDM).

Béguin recuerda que Sainte-Beuve miraba por la ventana los motines de 1851 y volvía a su escritorio para preparar su nota del día lunes.